

INTRODUCCION AL PENSAMIENTO GRIEGO

(De Tales a Sócrates)

Por el Dóctor RAUL FERRERO

Catedrático de la Universidad Católica del Perú.

Los orígenes.

Buscar los orígenes del pensamiento griego equivale a buscar las fuentes remotas del pensamiento occidental. Hacia el siglo VI aparece la escuela jónica, aurora del helenismo, mostrando conocimientos profundos y, lo que es aun más indicador, un pensamiento maduro que sería imposible admitir como floración de una sola época. Seguramente, los más antiguos filósofos de la Hélade tenían conocimiento, cuando menos, de dos ciencias orientales: la geometría egipcia y la astronomía babilónica. La manera cómo los griegos elaboraron su pensamiento sobre la base de los conocimientos orientales es una prueba más de la independencia de su espíritu. En manos del griego adquieren posibilidades y uso insospechados la sabiduría del geómetra egipcio y del mago caldeo. Sus conocimientos se convierten en datos que sirven a la curiosidad científica del filósofo, del hombre esencialmente teórico que vive para saber y que hace del saber el más alto fin de la vida. Para los *filósofos*, o amigos de la sabiduría, será posible lo que los hindúes, egipcios y chinos jamás pudieron lograr: expresar el mundo en el discurso consciente, razonado, perfectamente articulado, que nos ofrece la esencia lógicamente, no oscurecida por el simbolismo y el vértigo metafísico de los orientales.

Desde época muy remota, los mitos contenían ciertos elementos racionales que explican su ascensión hacia la claridad. Es en

el siglo VI, con la Escuela Jónica, que los mitos teogónicos y cosmogónicos dejan lugar al pensamiento lógico. Anteriormente se habían fijado algunos conceptos por medio de las "cosmogonías" o sistemas sobre el origen de las cosas, y las "teogonías", o exposiciones de la genealogía de los dioses. Claro está que dichos conceptos habían sido fijados sólo de manera aproximada, como un intermedio entre el ser y la nada. Más tarde adquieren forma lógica y expresión oral determinada. Eros, o fuerza viril generadora. Cronos, el tiempo, o Gea, la tierra de ancho pecho, son sustituidos por verdaderos conceptos que permitirán al pensamiento heleno dar variedad y plenitud a los contenidos.

ESCUELA JONICA

La ciencia griega nació en Jonia, sobre la costa del Asia Menor. La expansión de los jonios los llevó a someter el territorio de los lidios y de los carios, poblando además las islas de Samos y Chios. Las ciudades de Mileto, Efeso y Halicarnaso fueron los focos principales de la escuela jónica, la primera del pensamiento griego. Aparecen las ciencias en Mileto, la más rica y floreciente de todas aquellas metrópolis comerciales. Tres nombres ilustran el esfuerzo de aquel centro: Thales, Anaximandro y Anaxímenes. Sólo los dos últimos han escrito su pensamiento; el de Thales nos es conocido sólo por la tradición y el testimonio de filósofos no contemporáneos.

Thales.

Era de estirpe griega, aunque un tanto cruzada con sangre caria, y pertenecía a la familia de la que se escogían los reyes-sacerdotes de Mileto. Se consagró a la búsqueda desinteresada, cultivando la geometría y la astronomía; puede ser considerado como el primer físico de Occidente. Recorrió el Asia Anterior, Egipto, Fenicia y Creta, manteniendo relaciones con los sacerdotes más distinguidos que eran los depositarios de la ciencia en aquel entonces. Predijo el eclipse total de sol acaecido en circunstancias muy graves, mientras combatían los ejércitos medo y lidios, el año 585.

Tal predicción revela un conocimiento astronómico adquirido del Oriente y logrado por siglos de observación. Como fundador de la física y de la filosofía occidental, mereció ser recordado entre los siete sabios de Grecia, junto con Chilón de Lacedemonia, Solón de Atenas, Pítaco de Mitilene, Cleóbulo de Lidia, Bías de Priena, y Periandro de Corinto, que fueron políticos y no filósofos.

Aristóteles resume así el sistema de Thales: "El origen primitivo, también podríamos decir, la materia primera de todas las cosas, es el agua, lo líquido, lo húmedo". Se explica este carácter que da al agua porque había observado que el agua toma las tres formas de sólido, líquido y gaseoso y que todos los seres vivientes requieren humedad para subsistir. Aun cuando enseñaba que todas las cosas están llenas de dioses, Thales no era un animista, sino que consideraba al agua, no como un elemento inerte, sino como una materia animada y en continua transformación. Se ha llamado "hilozoísmo" su doctrina por estar fundada en una materia animada, elemento activo viviente que constituye el principio del Cosmos.

Anaximandro.

Nacido también en Mileto, vivió entre los años 610 y 545. Su obra fué intitulada "De la Naturaleza" o "De la producción de las cosas". Pone el origen de todas las cosas en el caos, la materia informe e indeterminada, elemento que no es sólido ni líquido, que no es ni frío ni calor. A ese espacio infinito en donde nacen y mueren los universos y los seres, le dió el nombre de ilimitado, de "apeiron", como para dar a entender su inmensidad inagotable, capaz de contener más universos que aquellos que los sentidos humanos pueden indicarnos. Su mayor contribución a la ciencia ha sido ésa, la de señalarnos la existencia de una materia que se distingue de todas las materias conocidas por su ilimitación, por su falta de cualidad. De lo indeterminado surgen los seres por diferenciación, lo que equivale a predecir el moderno evolucionismo. Para Anaximandro, la tierra y el mar tomaron forma al separarse lo sólido y lo líquido; luego, se elevaron vapores del mar e hicieron estallar la esfera del fuego, apareciendo el sol, la luna, etc. Probablemente, fué Anaximandro el primero que aplicó a la Astronomía la oblicuidad del Zodíaco.

Anaximenes.

Anaximenes de Mileto fué el amigo y continuador de Anaximandro. Su sistema afirma que todo nace del aire y todo vuelve a él. El aire es el aliento vital, el alma que penetra en el cuerpo. Todo se compone de aire, materia primitiva. En el fondo, Anaximenes parte del principio que pronto habría de formularse: "De la nada, nada adviene". El comienzo del ser ha de ser, necesariamente, un ser. El aire es la materia que da origen a todo, bien sea por rarefacción, como el fuego, o por condensación, como las nubes y las piedras. Si la condensación es mucha, se forman las piedras, los metales; si la dilatación o enrarecimiento es extremo se forma el fuego. El aire es infinito y se halla siempre en movimiento; de él dimanar los fenómenos de la naturaleza.

La escuela jónica fué llevada a Atenas por Anaxágoras de Clazomenes, ciudad de Jonia. Anaxágoras defendió dos principios: espíritu y materia. De la segunda se forma el mundo físico, pero es el primero quien ordena y rige. El mundo no es la obra de una fuerza ciega, sino de una inteligencia infinita.

ESCUELA PITAGORICA

Por el mismo tiempo en que moría Anaximandro, surgía en la Magna Grecia o Italia Meridional, otro centro poderoso del pensamiento helénico fundado por una figura semi-legendaria y mística: Pitágoras. Vivió entre los años 572 y 497; había nacido en Samos, una de las islas jónicas del Sur de Italia, y se estableció en Crotona, fundando con sus discípulos una especie de orden religiosa, sometida a una regla de vida mística y a un complicado ritual que procedía, quizá, de los misterios orficos, y que tenía como fin la liberación del ciclo de las reencarnaciones. Esta orden o liga religiosa ejerció en Crotona un gobierno aristocrático al que puso término una rebelión sangrienta. Expulsados, los pitagóricos llevaron por muchas ciudades la leyenda de Pitágoras, en quien se creyó ver un profeta dotado del don de la ubicuidad, que aparecía y desaparecía misteriosamente.

El filósofo de Samos cultivó, sobre todo, la Matemática y la Música. Los pitagóricos crearon la aritmética griega. Para Pi-

tágoras, todas las cosas normales provienen de la armonía entre lo limitado y lo ilimitado. Proceden de la acción del principio de Determinación sobre la ilimitada substancia del mundo. Cada cosa es un número específico de lo Indeterminado. Los números son las representaciones simbólicas y la explicación última de todos los seres, de todas las ideas. Según Eudemio, Pitágoras fué el primero que consideró los números en la puridad de su esencia, separándolos por completo. Inversamente, fué el primero en descubrir, en el mundo visible, la perfección inmutable de los números. La gran obra de Pitágoras consistió en hacer de los números el objeto de una ciencia rigurosa e independiente de los datos sensibles. Aristóteles diría más tarde que para los pitagóricos, los números eran los elementos constitutivos de los seres. Las armonías gobiernan todas las cosas por su poder invisible, aún más real que el de los objetos corporales.

El número es el origen (arché) y la esencia de todas las cosas, o sea, que todas las cosas pueden ser sometidas a números y a relaciones numéricas; mediante los números podemos dar una imagen del orden del cosmos. Interesaba en mucho a los pitagóricos las diferentes maneras cómo pueden distribuirse y agruparse los números: pares y nones, cuadrados y rectangulares, cúbicos y piramidales, etc. El principio de lo ilimitado y el de la Determinación han sido opuestos y juntados uno a otro desde toda una eternidad. Esta asociación de contrarios ha engendrado separadamente las cosas individuales. Todas las cosas normales y sanas deben su naturaleza definida y orgánica a una armonía o equilibrio de lo Ilimitado y lo Limitado. El principio de Límite o Determinación en el Universo es el Número. El número representa lo bueno; lo indeterminado, representa lo malo. Este problema de lo Uno y lo Múltiple sería legado por los pitagóricos a la filosofía venidera. Posiblemente, fueron los pitagóricos los primeros en formular la doctrina de la inmortalidad del alma. Según las creencias antiguas, que la Odisea recoge, el "doble" conserva, después de la muerte del cuerpo, una vida inferior y degradada. Los pitagóricos distinguieron claramente entre el alma y el cuerpo que la encierra. El alma, animadora del cuerpo, posee, a la manera de los astros, un movimiento regular que jamás cesa. El alma escapa a la muerte

y pasa de un cuerpo a otro, más o menos perfecto que el anterior, según el grado de perfección que se haya alcanzado. Entre una y otra encarnación, el alma queda separada por un largo periodo durante el cual sufre duros castigos que la purifican. Polignoto ha representado los terribles castigos sufridos por las almas impuras.

ESCUELA ELEÁTICA

Parménides.

Es el verdadero fundador de la escuela eleática, llamada así por haber tenido como centro la ciudad de Elea (Velia) en la Italia meridional. Antes de los eleatas, los filósofos habían empleado las reglas del análisis y de la argumentación de una manera casi intuitiva. Son los eleatas los primeros que dan al siglo V el carácter de un inmenso esfuerzo lógico cuyo fruto principal había de ser la ciencia racional. Los eleatas se caracterizan por haber sido los monistas radicales en el mundo antiguo.

Para Parménides, nacido hacia el año 540, el *ser es uno*, inmutable, imperecedero y sin origen. Ser y pensamiento son una sola cosa. Todo intento de atribuirle pluralidad o movimiento al ser, nos conduciría al resultado contradictorio de que el *no ser*... sería, existiría. Con este razonamiento, puramente lógico, trataba de excluir del ser la idea de pluralidad, de movimiento y de cambio. Corresponde a Parménides el mérito de haber sido el primero en interrogarse sobre la noción del ser, pues los jónicos no habían tratado de elevarse más allá de los datos que los sentidos proporcionan. Afirmó la unidad íntima del ser, indivisible e inmóvil; la pluralidad, el movimiento o el cambio, no son sino ilusiones de nuestros sentidos. Parménides expuso su sistema en un poema en el que se mezclan las visiones geniales con oscuras abstracciones. Nuestra percepción del mundo cambiante no es real, es ilusión pura. El mundo real es uno e indivisible.

Zenón.

Zenón de Elea, nacido por el año 490, extremó la dialéctica de su maestro Parménides, elaborando el célebre apólogo de Aquiles

y la tortuga para mostrar a qué absurdo conduce la creencia de que el universo no es uno e indivisible. Se preocupó, preferentemente, de defender la doctrina del maestro, refutando por medio de una dialéctica sutilísima las ideas contrarias. Platón y Aristóteles nos dan testimonio del estupor que produjo entre los atenienses la dialéctica de Zenón. Su viaje a Atenas, en el año 464, nos lo revela como un predecesor de los sofistas.

El eleatismo ha sido calificado como una embriaguez de la razón. El entusiasmo juvenil por haber aprehendido el pensamiento lógico, llevó a los eleatas a una especie de vértigo que hace desaparecer el suelo de la realidad sensible. La doctrina eleática acaba en un "acosmismo", pues declara que todo el universo es pura apariencia y lo reemplaza por un ser absoluto. Con todo, el concepto del ser substancia permanente, así como la agudeza en la reflexión lógica de los eleatas, servirían en adelante al pensamiento griego, que ya no pudo desprenderse de ellos.

ESCUELA JÓNICA POSTERIOR

Heráclito de Efeso.

Por la misma época en que la escuela eleática se desarrollaba en la Magna Grecia, la escuela jónica encontraba un continuador ilustre en Heráclito, el pensador solitario de Efeso, que vivió entre los años 535 a 465. Pertenecía a uno de los más nobles linajes de la ciudad y había dado muestras de su desprendimiento y misantropía cediendo a su hermano el cargo de rey de los sacrificios para vivir aislado de las masas con aristocrático desdén. Imbuído en su propia visión, empleaba un estilo de oráculo que lo hacía aparecer como el intérprete de una sabiduría inaccesible al vulgo. Su doctrina afirma que el principio o *arché* del cosmos es el fuego, así como Tales lo había afirmado respecto del agua y Anaxímenes respecto del aire. La diferencia estriba en que para Heráclito el concepto de principio no significa ninguna sustancia permanente, puesto que él rechaza como mera apariencia todo lo permanente en el mundo. Más que hilozoísta, es dinamista y determinista, pues sustenta su concepción del cosmos en la *idea del devenir*, de que todo

fluye perpetuamente, de que todo lo que existe, cambia y por lo mismo que cambia, no existe.

Para él, el fuego es la esencia más sutil y más cambiante. La mayor novedad de su sistema consiste en el ritmo eterno del cual hacia la ley de las transformaciones del fuego. Sus frases sentenciosas, a las que la obscuridad confería mayor majestad, revelaban cómo el fuego se transforma en aire, el aire en agua, el agua en tierra y, siguiendo un movimiento inverso, la tierra se cambia en agua, el agua en aire y el aire en fuego. De esta oscilación perpétua, sucesión indefinida de movimientos coordinados en los que cada muerte es un nacimiento, resulta una armonía universal, hecha de equivalencias y de compensaciones.

Por todas partes hay fuego en estado de energía más o menos grande; el retorno al fuego original es a la vez una purificación y un progreso, aunque progreso inestable pues la estructura del mundo no cesa de cambiar. La misma bóveda celeste, película de aire condensado que separa el fuego del cielo del aire en que vivimos, tiene una existencia precaria como todo lo que debe morir. El alma, principio vital, es una chispa desprendida del fuego; cuanto más candente sea ella, cuanto más intensa sea la llama interior, tanto mayor será la vida. La vida va extinguiéndose cuando la llama interior se enfría; la vida se apaga cuando la llama interior deviene agua. Existe en el fuego una fuerza o una tensión propia; esta tensión, que implica una lucha continua, determina que la vida sea una lucha implacable entre dos fuerzas. La ley del ser es la armonía o acuerdo momentáneo entre dos fuerzas. Las transformaciones del fuego se cumplen por periodos regulares; cada nacimiento y cada muerte, se producen en la hora fijada por el destino.

El universo, pues, es un proceso circular que retorna siempre, es un eterno hacerse y deshacerse en cuyo comienzo o en cuyo fin se encuentra el fuego que todo lo consume y lo engendra nuevamente de sí mismo. "El universo en un hacerse, un acontecer en perpetuo fluir: todo lo permanente e idéntico es apariencia, a la manera que el río en que hoy me baño, sólo exterior y aparentemente, es "el mismo" de ayer. Sólo una cosa permanece: la ley de cambio, el destino que impera sobre todo y que en sucesión idéntica y en medida igual transforma todas las cosas unas en otras y las cam-

bia a la manera de mercancías en dinero y de dinero en mercancías. La oposición y la lucha dominan el mundo. La lucha es la madre de todas las cosas; pero toda oposición se resuelve finalmente en la unidad y en la armonía, como lo muestra la alternativa regular de perfeccionamiento y decadencia en el Cosmos". (Von Aster).

Esta visión trágica del mundo reconoce una ley, una razón, una relación, un *logos*, que sólo el sabio, atento a los fenómenos, es capaz de captar y de expresar. En el cosmos impera una inteligencia: el *logos*, concepto que da unidad al mundo.

Empédocles y Anaxágoras.

Ni el sistema de Parménides y Zenón, fundado sobre el razonamiento puro, ni el sistema de Heráclito, basado en la idea del devenir, bastaron para contentar a los espíritus críticos. No poseyendo medios prácticos de experimentación, trataron de suplir ésta mediante ingeniosas verosimilitudes. En este esfuerzo, aunque el pensamiento se desprendía de la antigua mitología, tomaba a su vez el vuelo de lo mítico. Casi simultáneamente, un siciliano, Empédocles de Agrigento, y un jónico, Anaxágoras de Clazomenes, aunque renunciando a la concepción de una materia que se transforma indefinidamente, trataban de someter la vida del universo a un orden inmanente; los dos filósofos creyeron encontrar el principio de este orden en un movimiento giratorio cuya acción se definía con ayuda de diferentes combinaciones. Empédocles distinguía cuatro elementos: el agua, la tierra, el aire y el fuego, que no eran formas de una sustancia única, sino elementos o sustancias eternamente distintas. Estos cuatro elementos se unen o se separan obedeciendo a otros dos elementos de naturaleza mitológica: el odio y la amistad, de donde resulta un ciclo eterno de integraciones y desintegraciones.

Para Anaxágoras, el gran amigo de Pericles, no existe una generación y muerte, un aumento o disminución del único ser existente, sino tan sólo mezcla y separación. Espíritu más positivo que Empédocles, Anaxágoras seguía un camino diferente concibiendo la materia como una especie de polvo formado por todas las sustancias irreductibles que entran en la composición de los cuerpos.

El poder racional que, conforme a un plan, ordena las mezclas y las separaciones, es el *nus*, o sea, el espíritu del universo. En la mezcla caótica primitiva, ninguna cosa se podía distinguir de otra; el mundo de las cosas surgió del caos primitivo mediante el *nus* o inteligencia, fuerza ordenadora semejante al amor y al odio de Empédocles. Anaxágoras, por tanto, es el primero que da una explicación teleológica del mundo, afirmando que la evolución está presidida por una idea de finalidad.

LOS ATOMISTAS

En oposición a la explicación teleológica del mundo, de Anaxágoras, se encuentra a fines del siglo V la concepción mecanicista del universo debida a Demócrito de Abdera, nacido hacia el año 460. Platón, que ha utilizado sus ideas en el *Timeo*, no lo cita ni una vez, omisión injusta que Aristóteles reparó, si bien fué para refutarlo. Demócrito parece haber sido contemporáneo de Anaxágoras y algo más joven que Sócrates. Se le atribuye una edad centenaria, fijándose la fecha de su muerte hacia el año 350. Su maestro fué Leucipo de Mileto, probable auditor de Zenón de Elea. La gran semejanza que existe entre las doctrinas de Leucipo y de Demócrito, dió margen a Epicuro para poner en duda la existencia de Leucipo, no obstante el testimonio formal de Aristóteles. A la muerte de Demócrito, los escritos de ambos filósofos fueron reunidos por sus discípulos en una obra orgánica que encierra una verdadera enciclopedia de los conocimientos humanos. Muchos fragmentos de ella nos presentan a Demócrito como a uno de los más grandes moralistas de todos los tiempos. En conjunto, la obra de los dos pensadores muestra un admirable genio simplificador, unido a una rara penetración para la física, la psicología y la moral.

A la concepción de un principio director, ya precisa en Anaxágoras, Leucipo y Demócrito oponen la idea del acaso, según la cual la génesis del mundo no es efecto de una mente ordenadora sino cosa puramente fortuita, producto de causas mecánicas ciegas. El ser substancial, sin origen, sin muerte y sin cambio, son los átomos, partículas invisibles, infinitamente tenues; son idénticos en su naturaleza y sólo difieren por su volumen, su peso y su forma. Se juntan y se aglutinan en múltiples combinaciones; gracias a su figu-

ra se unen entre sí y forman cuerpos coherentes mayores, o sea, todos los cuerpos que existen en la naturaleza. Fuera de los átomos no existe sino el "no ser", el cual existe en cierto sentido, o sea como espacio vacío en que los átomos se mueven. Los universos nacen del concurso de los átomos y del vacío.

La concepción mecanista del universo llega hasta afirmar un materialismo expreso, no del todo diferente a la concepción de los más antiguos filósofos griegos, o filósofos de la Naturaleza, para quienes todo lo real era al mismo tiempo corpóreo. Para Demócrito, el alma resulta de los átomos de fuego que atraviesan el cuerpo; la percepción, el sentimiento, el pensamiento, son procesos corpóreos, son movimientos de los átomos del alma. Hasta la moral de Demócrito es, en el fondo, fisiológica: la felicidad, la "eutimia", coincide con el movimiento regular de los átomos del alma; las pasiones son tormentas de estos átomos. La moral de Demócrito nos ha llegado en la forma de sentencias o aforismos. La mayor parte de los hombres no saben emplear su buen sentido natural en la búsqueda de la felicidad. La "eutimia", especie de optimismo voluntario, nos hace fuertes contra la adversidad y se traduce en la vida social por la aceptación de las cargas inevitables, por una alegría moderada pero constante. Más tarde, Epicuro no hará sino repetir a Demócrito con menor simplicidad. A diferencia de Epicuro, Demócrito reconoce a la moral un lugar importante y un rol benéfico en la sociedad.

LA FILOSOFIA EN ATENAS

Todas las escuelas que acabamos de exponer habían nacido fuera de Atenas, en tanto que ésta se iba convirtiendo en el centro de la vida helénica. Anaxágoras de Clazomenes fué el primer filósofo que intentó establecerse en la metrópoli griega que venía transformándose desde un siglo antes. Solón había muerto el año 559, lo bastante tarde como para ver desquiciada su obra política y asistir al triunfo de la tiranía de Pisistrato. Desde entonces, los atenienses habían sufrido la invasión lacedemonia, experimentado las reformas de Clístenes y presenciado, con el glorioso Pericles, el triunfo de la democracia. Paralelamente al progreso político hacia la democracia, se había operado una profunda decadencia de los

valores tradicionales y la corrupción del sistema electoral que entregaba la función pública a merced de los caprichos populares. Cada día la política parecía más el arte de enriquecerse y de favorecer a los parientes y amigos. Demagogos falaces, acusadores interesados, profesionales de la envidia, todos necesitaban por igual el brillo de la elocuencia, convertida en el principal instrumento de agitación política. En tales circunstancias, dominaron la vida intelectual del siglo V algunos dialécticos sutiles, filósofos disolventes, maestros en el arte de defender el pro y el contra de la misma idea, a quienes se les llamó sofistas.

Los Sofistas.

Los sofistas tuvieron un rasgo común que consistió en ser maestros ambulantes que enseñaban o defendían pleitos por dinero. No se propusieron encontrar la verdad, sino comunicar conocimientos a los hombres, principalmente cultivando la retórica, ciencia indispensable para la vida política de entonces. Originariamente, el nombre de sofista no tuvo nada de deshonesto; se llamaba sofista al hombre hábil en un oficio o profesión que sacaba provecho de sus conocimientos. Posteriormente se confundieron con la misma denominación a los sabios de alta especulación con los charlatanes y los ilusionistas. Muchos de los sofistas no eran de origen ateniense. Los principales fueron Protágoras de Abdera y Gorgias. Unos se consagraron a las matemáticas, otros a las materias más diferentes, como pintura, música, medicina, náutica, etc. La lógica de su profesión los llevó al virtuosismo en las discusiones, criticando a los hombres, a las creencias y a las instituciones, con lo que introdujeron un germen de inquietud y anarquía en un orden político fundado sobre la tradición.

Perseguían frecuentemente la enseñanza de lo útil, con perjuicio de la verdad objetiva. La sobre-estimación de la retórica y el abuso del arte de la persuasión, los llevaron a inclinarse hacia el escepticismo, que se manifiesta en las palabras del más célebre de los sofistas, Protágoras de Abdera, quien escribe a propósito de la verdad: "El hombre es la medida de todas las cosas". Extemandō esta afirmación no existe ninguna verdad objetiva y la misma proposición puede ser verdadera para uno y falsa para otro. De

lo cual se deduce que de dos afirmaciones opuestas, será verdadera aquella que se impone por la personalidad del sustentante y la fuerza del discurso.

Pese a sus exageraciones y deformaciones de pensamiento, los sofistas cumplieron un rol de estimulante y se propusieron formar hombres, ennoblecerlos y dotarlos de mayores aptitudes para la vida política de entonces, caracterizada por la importancia de la retórica.

Ante todo, el sofista es un maestro en el arte de la palabra. Su mérito será tanto mayor cuanto más desesperada sea la situación que defiende. Con un buen método, podrá defender las causas más difíciles y conseguirá absolver al inculpado. El sofista debe penetrar muy bien la psicología de su auditorio, adivinando sus pasiones y halagándolas, aunque al mismo tiempo deba cubrir el interés personal bajo capa de elevados principios morales. En los "discursos dobles", de un sofista desconocido, se nos muestran dos discursos opuestos sobre el mismo tema; cada uno de ellos nos lleva a la convicción de que se está defendiendo la tesis verdadera, lo que constituye un ilogismo monstruoso puesto que no pueden ser ciertas, a la vez, la tesis y su contradicción.

Gorgias compuso el elogio de Helena, presentándola como una desventurada a quien se infamó injustamente por haber seguido la inclinación natural que los dioses le habían dado. Para algunos sofistas, la retórica era una mercancía que se vendía por partes y a precio fijo; vender su técnica verbal, les parecía tan lícito como cobrar una receta para el médico. Con altura pero con escepticismo, Protágoras escogió el tema del cambio perpetuo: Si todo se transforma, si nada permanece, la verdad absoluta no existe. Aquello que cada uno llama verdad no es sino lo que cree en el momento en que habla o mientras escucha a un orador persuasivo. En realidad, el hombre que habla o el hombre que escucha es la medida de todas las cosas, puesto que nada existe sino según su propio juicio. Cuanto más alejadas del hombre están las cosas, tanto más inciertas son. "Respecto de los dioses, dice Protágoras, yo no sé si existen o no". Para los sofistas, la mitología no es sino un vivero de la retórica. Justicia, piedad, virtud, no son sino bellas palabras con la que se encubre ante el vulgo el juego de las ambiciones humanas. La reacción contra los sofis-

tas no tardó en despertar; la comedia, que era conservadora, los ridiculizó, mientras el pueblo los hacía objeto de su aversión. Muchos hombres inteligentes se sentían heridos en sus convicciones por la confusión mental que los sofistas propagaban. La reacción contra los sofistas fué ciega e inconsulta, como lo es toda reacción popular; no castigó a los charlatanes, no desterró a un hombre sabio pero disolvente como Protágoras, pero castigó a Anáxagoras y dió muerte a Sócrates.

Era necesario que el pensamiento griego se examinara a sí mismo y descartara antiguos elementos, formándose un verdadero método. Tarea tan difícil requería una inteligencia genial, bastante fina como para penetrar todos los interrogantes, y, a la vez, bastante firme como para no perderse. Es entonces que aparece Sócrates.

Sócrates.

Hijo de Sofronisco, un humilde escultor y de Fernareta, una comadrona, nació en el año 469, en un arrabal de Atenas, en la aldea o demos de la Zoíra (Alopecia), perteneciente a la tribu Antióquida. Después de la educación tradicional, estudió las matemáticas y la física, no pudiendo probarse que haya ejercido la profesión de su padre. Su juventud transcurrió durante la época de Pericles, cuando ya los atenienses pasaban el tiempo escuchando las últimas novedades. El estudio de las doctrinas de los físicos, le permitió descubrir su profunda vocación filosófica. Sirvió a su patria como hoplita, lo que hace suponer que poseía alguna fortuna. Se condujo con gran valor en Potidea, en donde salvó la vida a Alcibiades, en Delión, en donde salvó igualmente a Jenofonte, y en Anfípolis, en donde dió pruebas de gran decisión y bravura. En el año 406 fué designado por la suerte para integrar el Senado de los Quinientos; siendo miembro de la comisión de los pritáneos en el momento en que la Asamblea Popular exigía la muerte de los generales de las islas Arginusas, se negó a someter a votación la condena, haciendo frente a la furia del populacho. Más tarde, se opuso con peligro de su vida a los oligarcas durante la época de los Treinta Tiranos de Atenas. Se señaló siempre por su noble desinterés y su grandeza de alma. La influencia que alcanzó, sólo

comparable con la de los grandes fundadores de religiones, hace de su figura una de las más fascinantes de toda la historia humana.

Como una prueba más para su grandeza de espíritu, debió soportar las vulgaridades de su mujer Xantipa, de la que tuvo tres hijos. Probablemente, no fué discípulo de ninguna escuela determinada, formando su cultura de manera enteramente personal. De ahí que pudiera superar con tanta altura el contraste de las viejas escuelas, generalmente desligadas de la realidad interna y psicológica que tanto lo atraía. Sócrates ejerció su actividad cuando era ya grande el auge de los sofistas. Sus procedimientos eran aparentemente iguales a los de los sofistas, por lo que a muchos pareció que Sócrates era sofista. En todos los aspectos de su magisterio se revela el carácter popular de Sócrates, a quien se encuentra enseñando por las calles de Atenas, en el Gimnasio, en el Mercado, en el taller del zapatero o en casa de sus amigos. Su lugar preferido es el gimnasio del Licco. Preguntador infatigable, muestra predilección por conversar con los jóvenes a quienes visita en las palestras. Su lenguaje se adapta al entendimiento del vulgo y muy pronto se hace popular en Atenas la chocante figura del sabio, que semejava a un sátiro al decir de Platón: nariz remangada, boca grande, ojos salientes, cabeza calva, cuello grueso y vientre abultado. Dotado de un flúido misterioso que, sobreponiéndose a su aspecto físico y a su manera pobre de vestir, atraía a sus oyentes y daba vigor extraordinario a su elocuencia, Sócrates era seguido por un círculo de adeptos que se proclamaban firmemente partidarios de su persona y de sus principios. El círculo socrático estaba abierto también para los filósofos que pensaran de manera distinta. El hecho de que los socráticos no hayan presentado de manera uniforme el pensamiento de su maestro, parece indicar que la doctrina, basada en un núcleo sólido, ofrecía contornos plásticos que se prestaban a la acción de otros sistemas.

Sócrates creía recibir de una voz interior, que él llamaba su "demonio" o genio inspirador, la confirmación de su vocación que le exigía buscar el sentido de la vida para orientar su conducta y enseñar a los demás. Siempre se le apareció esta vocación como una orden de alguna voluntad divina. Lejos de enorgullecerse por el privilegio de esta revelación interior, que él atribuía a una divinidad o demonio, Sócrates procuró siempre instruirse, leyendo y

meditando, entregándose a profundas reflexiones y, sobre todo, ejercitando su pensamiento en la conversación con aquéllos que sabían o que aparentaban saber. Escuchando a quienes se ufanaban de ser maestros, advirtió pronto la imprecisión de sus doctrinas, de donde concluyó que la ignorancia de uno mismo era el mal más común y que la condición necesaria para la buena conducta radica en conocerse interiormente. Persuadido de esta idea, creó un método que había de constituir una de las más valiosas adquisiciones del espíritu humano. Consistía en la búsqueda paciente de las verdades, en el fondo del alma, por medio del análisis, las comparaciones y la inducción.

Sócrates es el iniciador de una nueva forma expositiva: el diálogo, forma viva del doble aspecto del pensamiento humano, el cual se produce en comunidad con el pensamiento ajeno y mediante la oposición de conceptos. La forma que daba a sus diálogos era muy simple y carecía del brillo retórico de los sofistas. En vez de discursos continuos, provocaba una serie lógica de preguntas precisas, mediante las cuales no se avanzaba una sola sin haberse puesto de acuerdo sobre una noción anterior, perfectamente dilucidada. No se consideraba satisfecho sino cuando sus preguntas llevaban a su interlocutor a enunciar como convicción personal la idea que interesaba a Sócrates demostrar. De ahí, que llamara a su método la *mayeutica*, o sea, el parto de las almas, el arte de hacerlas dar a luz.

Desde por la mañana se le veía pasear por la plaza pública y por los lugares principales, aprovechando toda ocasión para detener a las gentes y entrar en conversación con ellas, sin importarle su edad o su condición social. Mercaderes, políticos, artesanos, sofistas, jóvenes y hombres maduros, todos eran interrogados por este preguntador infatigable, cuyo buen humor lo hacía insinuante e insidioso, a la vez. La suave ironía con que ostentaba su ignorancia y pedía ser instruido, halagaba a los interlocutores y les hacía imposible escapar. Gustaba de derrotar a sus interlocutores por medio de la demostración apagógica, o razonamiento por reducción *ad absurdum*. Esencialmente, el método socrático consistía en hallar en el conocimiento de uno mismo el fundamento del saber, ayudando al interlocutor a que se produjera lógicamente. En rigor, tal método consta de dos momentos: la *ironía*, que tiene por

objeto desvanecer la falsa ciencia, y la *mayeutica*, que enseña a producir el verdadero conocimiento.

En los "Memorables", Jenofonte nos da testimonio de varios diálogos irónicos. Uno de los diálogos más característicos es el que sostiene con el sofista Glaucón, joven vanidoso, a quien le demuestra que para dedicarse a la política es necesario conocerla: "¿No es evidente, pregunta Sócrates, que si quieres que te aprecien debes prestar servicios a la República? Y si es así, dime: ¿Cuál es el primer servicio que tú, Glaucón, piensas hacerle?" Glaucón no acierta a contestar puesto que ignora en qué consiste el arte del gobierno. Sócrates continúa: "¿Quieres, por ejemplo, tratar de enriquecerla? — Sí, contesta Glaucón. — El medio de conseguirlo es procurarle grandes rentas, y si así te parece, dime, ¿de dónde salen los ingresos del Estado y a cuánto ascienden? — Por Júpiter, replica Glaucón, jamás me he enterado de esto". Ya desorientado el sofista, Sócrates continúa con la misma seguridad: "Dinos, al menos, qué gastos tiene la ciudad. — Tampoco lo sé. — Dinos cuáles son las fuerzas de mar y de tierra de que disponemos, y cuáles son nuestros enemigos. — No puedo contestarte, Sócrates, sin enterarme antes". Así continúa Sócrates examinando a Glaucón sobre los diversos intereses del Estado, y termina diciéndole: "Puesto que tan difícil es ocuparse en arreglar los asuntos de tantas familias al mismo tiempo, ¿por qué no emprendes la mejora de una, la de tu tío, que de sobra lo necesita? — Así lo haría, contesta Glaucón, si mi tío quisiera hacerme caso. — ¡Cómo! replica Sócrates, ¿no has podido hacerte oír de tu tío y quieres que te escuchen todos los atenienses, y tu tío entre ellos". El método de Sócrates tiene un contenido permanente que es el contenido de la conciencia: "*Conócete a ti mismo*"; *Gnothi seauton*.

El oráculo de Apolo dió la siguiente respuesta a Querefón, compañero de Sócrates desde la infancia: "No hay en el mundo un hombre más sabio que Sócrates". Conociendo su ignorancia, Sócrates se puso a meditar: "¿Qué quiere decir Apolo? ¿Qué significado se esconde tras estas palabras, Demasiado me sé que yo no tengo tal sabiduría, mas como él no puede mentir, debo buscar el verdadero sentido de lo que ha dicho". Y comenzó a visitar a todos aquellos que pasaban por sabios en Atenas, políticos, retóricos poetas y artistas, encontrándose más sabio que todos ellos, poseídos

de la fatuidad de una ciencia que estaban lejos de tener, mientras que él se daba cuenta ciertamente de lo que no sabía. Por eso, al terminar las visitas, concluye con la siguiente reflexión: "Sólo sé que no sé nada".

Sócrates no escribió nada; las cartas que se le atribuyen son apócrifas. Lo que sabemos de su doctrina procede de tres fuentes: los diálogos de Platón, los "Memorables" de Jenofonte y las notas dispersas de Aristóteles. También se acude a Aristófanes para completar la biografía de Sócrates; pero Aristófanes cometió el error de confundir a Sócrates con los sofistas y de hacerlo blanco de su odio por todo lo nuevo. La doctrina socrática se basa en una nueva concepción de la filosofía, a la que Cicerón ha caracterizado diciendo que Sócrates "trajo la filosofía del cielo sobre la tierra". Dejando de lado las especulaciones sobre el origen de las cosas, sobre la naturaleza del ser, o sobre el movimiento, sostuvo como principio que la tarea propia de la filosofía radicaba en el estudio del hombre: "únicamente lo que se halla bajo el control del hombre, esto es, su propia conducta, merece ser discutido. Si tal tesis hubiera prevalecido definitivamente, habría detenido el desarrollo de las ciencias físicas, pero su efecto inmediato fué benéfico pues concentró la atención de los espíritus sobre el estudio del hombre.

Para Sócrates, el fin de todo ser humano es la felicidad; la ciencia de la felicidad es el objeto esencial de la vida. Fuera de la virtud no puede haber felicidad. Lo que impide a la mayor parte de los hombres el volverse felices por la virtud, son sus ilusiones y sus prejuicios. La maldad y la ignorancia son una misma cosa; los hombres son injustos porque no saben lo que es la justicia. Si los hombres conocieran el bien, lo seguirían. Sólo la ignorancia y la ilusión explican la existencia de vicios y de malos deseos. Contrariamente a la moral tradicional de su tiempo, Sócrates sostuvo que no era moral devolver mal por mal. Como Aristóteles, Sócrates no admitía la posibilidad de conocer lo mejor y de escoger deliberadamente lo que es peor. Quizá si ello se explica por el gran dominio que había alcanzado Sócrates sobre sí mismo. Un forastero, Zósimo, dijole una vez a Sócrates que su rostro reflejaba las peores pasiones, a lo que Sócrates repuso: "Tu me conoces bien. Los vicios están ahí, pero la razón los ha vencido". Evidentemente,

el principio socrático es falso si se lo considera en su forma extrema: sabiduría — conocimiento — virtud — felicidad, ya que la virtud requiere cierto conocimiento pero también, y sobre todo, un control adecuado de la voluntad sobre los apetitos. Con todo, no le faltaba razón en gran parte, puesto que la ignorancia explica, muchas veces, el origen y el desarrollo de la maldad.

Según Aristóteles, debemos atribuir a Sócrates dos cosas: los discursos inductivos y la definición general. Ambos no constituyen sino dos momentos de un mismo proceso lógico cuyo punto central es el concepto. Gustaba Sócrates de distintos tipos de definición; pero sus preferencias estaban por la definición lógica, o sea, por la que sigue el género próximo y la diferencia específica. Para definir un objeto, sostenía Sócrates, es preciso separar lo que es accidental de lo que es esencial. Distinguiendo entre el pensamiento y el lenguaje, Sócrates procuró hacer inteligibles los conceptos más abstrusos, investigando la esencia de cada cosa. En la teoría socrática del concepto están contenidas en germen la dialéctica y la lógica que luego habrían de desarrollar notablemente Platón y Aristóteles.

Contra este hombre puro se volvieron las iras del pueblo que siempre vió en él al maestro de Critias y Alcibiades, los dos jefes del partido aristocrático. Aunque reducido a la pobreza por la época de su vocación, vivió siempre con dignidad y sin rebajarse a la indigencia. El valor con que sustentaba sus doctrinas le valió el odio de numerosos enemigos. Contra él se desató la animadversión de los demagogos, a quienes demostraba su falsedad, de los aristócratas ambiciosos a quienes desenmascaraba y, sobre todo, la de las buenas gentes, mentalmente limitadas, que veían en él al más peligroso de los sofistas. Un individualismo disolvente había corrompido por entero la ciudad. Aquella democracia, regida por las pasiones de la canalla, no podía perdonar a un hombre superior incapaz de ocultar el desprecio que le merecía una organización política en la que se postergaba a los más aptos en beneficio de los que mejor halagaban las pasiones colectivas. La verdadera causa del odio que se suscitó contra Sócrates estriba en la envidia de los ignorantes y en la irritación con que los fatuos sufrían el ejemplo de un hombre superior. La ruda sencillez de Sócrates le impedía guardar silencio ante la ignorancia de los mediocres infatuados, a quienes no podía menos que hacerles ver que no eran lo que se fi-

guraban. Por otra parte, el filósofo creía en el Dios que su razón le revelaba y no en las divinidades risibles de la mitología griega. Veinticuatro años antes del proceso de Sócrates, Aristófanes había hecho irrisión de Sócrates y de su "tienda de pensar", presentándolo en su comedia "Las Nubes" como a un geómetra demente y un especulador que enseñaba el arte de defender las causas injustas.

La demagogia, que odiaba los tiempos nuevos por su espíritu crítico, se encargó de dar a Sócrates, conjuntamente, la muerte y la inmortalidad. En el año 399, un hombre torpe, arribista enriquecido a quien irritaba la sabiduría que no era capaz de comprender, el mercader de cueros Anytos, lo denunció al tribunal de los helias-tas. Para apoyar su acusación, Anytos, jefe del partido democrático, encontró a dos hombres que creían contribuir así a la salud del Estado: Melyto, joven poeta oscuro, y Lycón, un orador político. Se inculpaba a Sócrates de no creer en los dioses del Estado, de introducir nuevas divinidades y de pervertir a la juventud. Indiferente al favor público, Sócrates repuso a los jueces con una noble altivez que contrasta con la mezquindad de la acusación y la sorda envidia de la plebe. No quiso rebajarse justificándose ante una muchedumbre sugestionada por los acusadores. Su desprecio a la vida, le hizo contestar irónicamente a los jueces, cuando le fué preguntado qué pena creía merecer, pues manifestó que debía ser mantenido por el resto de sus días a expensas del Estado, como recompensa de los servicios prestados a sus conciudadanos. Es lo más probable que, al procesar al filósofo, el pueblo pretendiera solo obligarlo a acatar su soberanía, dando explicaciones. Así debió creerlo también Sócrates, pues su contestación al Tribunal fué el reto orgulloso de un alma digna.

Condenado a beber la cicuta, desdénó pedir merced a la muchedumbre a la que siempre había despreciado. Sus amigos acudieron a la prisión y le propusieron la fuga, ya facilitada por el soborno de los carceleros. Se negó. Tenía setenta años y prefirió morir en aquella oportunidad, juzgando que así daba su última enseñanza. "Tened buen ánimo", les dijo a sus discípulos, con quienes sostenía un diálogo sublime sobre la inmortalidad del alma, "y pensad que sólo enterrais mi cuerpo". Cuando hubo pronunciado estas palabras, se levantó y se dirigió a un aposento cercano para bañarse, seguido por Critón. La escena de su muerte ha sido descrita por Platón en un diálogo de altura inimitable: el *Fedón*.